

CONSTRUIR MUNDOS DE OTRA ESCALA

Reseña del libro "Escala 1:43. Juguetes, historia y cultura material" de Jordana Blejmar, Natalia Fortuny y Martín Legón. Liverpool University Press.

Autores:

Ana Longoni

Consejo Nacional de Investigaciones en Ciencia y Tecnología.

Cita: Ana Longoni. Santiago CONSTRUIR MUNDOS DE OTRA ESCALA Reseña del libro "Escala 1:43. Juguetes, historia y cultura material" de Jordana Blejmar, Natalia Fortuny y Martín Legón. Liverpool University Press. Lúdicamente, Vol. 13, N°25, Año 2024. Octubre 2024, Buenos Aires (ISSN 2250-723x).

Este texto fue recibido el 01 de noviembre de 2023 y aceptado para su publicación el 01 de febrero de 2024.

Este libro y la muestra de la que surge se proponen responder a una pregunta: ¿de qué maneras la serie social y la violencia política están inscriptas en los juguetes producidos y comercializados en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX? ¿De qué maneras los juguetes portan o condensan esas historias y son vectores formidables que desatan la experiencia artística? Otras preguntas atraviesan estas páginas: ¿puede un libro convocar al juego y a los juguetes, evidenciando sus opacos lazos con la política y con la violencia? ¿Puede ser su cita, su reunión, pero también su devenir objeto delicado y lúdico? ¿Puede una investigación colectiva transformarse en exhibición deslumbrante, de esas que dejan huella y resonancias que no se olvidan, y ahora proseguir y desbordar el ejercicio de pensamiento y curaduría en una edición tan bella y cuidada? Puede, sí.

Ya desde su formato el libro propone algo diferente, un valor agregado a la muestra. No se trata meramente de un catálogo que acompaña la exhibición, ya que excede esa función. Se parece más bien a un juguete, un bloque de construcción y, por su propuesta de distribución gratuita y acceso libre, tiene también cierto parentesco a los libros que repartía la Fundación Eva Perón. Se trata de una investigación colectiva, una curaduría -la de la muestra, pero también la del libro- que en sus múltiples ramificaciones ilumina un camino "en proceso" abierto y generoso.

Los juguetes pueden pensarse desde múltiples dimensiones. Aquí aparecen por lo menos tres dimensiones desde donde se los interroga.

Una primera entrada es la pedagógica: refiere a la miniaturización de los objetos cotidianos y la réplica improductiva que sirve en algunas imágenes como entrenamiento para el futuro, el adiestramiento y disciplina de roles genéricos. Determinados juguetes parecen preparar para el trabajo, la crianza o incluso para matar, para ser carne de cañón en las guerras. Imposible no evocar la reproducción de las fuerzas productivas mediante ciertos Aparatos Ideológicos de Estado (Althusser) al leer algunos guiones de juegos en las publicidades de época que acompañan las fotografías. Pero también, desde una lectura

atravesada por el feminismo, el estereotipo de roles de género atraviesa los juguetes de varias épocas. Pienso por ejemplo en una publicidad, cuando se cumple el centenario de la llamada Campaña del Desierto, que promociona “el valiente gauchito y la abnegada paisanita”. Sólo los adjetivos ya dicen mucho.

Una segunda entrada desde la cual son interrogados los juguetes en este libro, es la lúdica. La idea del juguete y la idea del juego como un mundo de fuga, de imaginación, de creación de mundos, de refugio fuera de él. La idea de habilitar mundos que también son manifestación de deseos. Por aquí está el pequeño René que con sus dos años empieza a hablar con sus juguetes, y allí acontece algo muy mágico. Escuchándolo pensaba en mi misma encerrada en el placard durante horas jugando con playmobil, el par que teníamos porque eran muy caros. Jugaba inmersa en una historia que continuaba durante varias jornadas en ese mundo completamente preservado del juego. Pensaba también en Manu, el hermano mayor de mi hijo, que construyo un muñeco con una botella de agua mineral y cuatro palitos para inventarse un hermanito, en la manifestación de un deseo que después fue mi hijo. Respecto de esta segunda dimensión, hay mucho en el libro acerca de las teorías pedagógicas alternativas que se empezaron a gestar a fines del siglo XIX y cómo se materializaron en las vanguardias artísticas del principios de siglo, de una manera que se puede rastrear, como lo hace este libro, en el trabajo de Norman Brosterman o el de Juan Bordes.

Por último, una tercera entrada para abordar los juguetes tiene que ver con la dimensión de lo inolvidable, lo que la infancia deja como marca, como una cicatriz atesorada de ese mundo que no queremos perder. Pienso en la conversión del niño o niña en coleccionista, una figura que está también trabajada en este libro. En particular en esos coleccionistas que toman a los juguetes como un objeto fetiche, incluso sin sacarlos de la caja o envoltorio. Juguetes intactos, sin jugar.

El libro hace además un recorrido histórico, como la muestra, y propone tres momentos. La primera parte se titula “Construir es hacer” e incluye juguetes vinculados al peronismo histórico, algunos de ellos, muñecas negras y kartings (hoy se pueden ver en la reconstrucción de la oficina de la Fundación Eva Perón en el CCK). Aquí hay una fuerte asociación entre los juegos de construcción y la Ciudad de los Niños, esa ciudad en miniatura en las inmediaciones de la ciudad de La Plata que, pensada a partir de lo kitsch, abre a otras claves de lectura. Las cajas para construir bloques o avioncitos me remitieron al libro de Beatriz Sarlo La imaginación técnica, sobre la mecánica popular y la cultura del “hazlo tú mismo”. Es una dimensión que se asocia también a la industria nacional, al diseño argentino versus la apertura indiscriminada de la importación y el “Made in China”, al arrasamiento de la producción local fundamentalmente desde los años noventa en adelante.

Escala 1:43 plantea también una serie de relaciones con películas, comenzando con el corto “Juguetes” de María Luisa Bemberg, donde se dice que “la primera presión cultural son los juguetes”. Están también las películas de Albertina Carri y el uso que hace de los Playmobil y las Barbies, la película de Jony Perel sobre la demolición de un sector de la ex ESMA... Pero también hay juguetes que nos remiten a películas, por ejemplo a la película recién estrenada Barbie, esa muñeca que ya no enseña a criar sino a modelar. Y aparece en el libro un juguete que yo no conocí, Joe Temerario, una suerte de Barbie masculino y latinoamericano.



El segundo momento, “Violencias”, refiere a los modos en que el juguete puede también testimoniar la violencia de una época, a partir de la elipsis y el riesgo. Pilar Calveiro describe la lógica del terror como la de un “secreto a medias”, lo que se sabe y no se sabe al mismo tiempo como forma de diseminar el terror, y que opera tanto dentro como fuera del campo de concentración. Algunos de los juguetes de mediados de los setenta y tempranos ochenta también parecen aludir, sin explicitar, a ese terror. Algo parecido sucede con algunas de las obras de arte incluidas en el libro, como por ejemplo la performance “Niños envueltos a la Heredia”, de Alberto Heredia, que muestra una suerte de Drácula a punto de comerse a un bebé en épocas de apropiación de hijxs de desaparecidxs. El simulacro de un parto siniestro. También están las imágenes de las esculturas de Juan Carlos Distéfano de 1980, quien a conciencia realiza una obra que (aunque en el texto del catálogo escrito por Romero Brest se elude la evidente alusión a la realidad circundante) en retrospectiva no puede sino entenderse en clave política, como alusión a la tortura y a la desaparición de personas. Pensaba allí en la serie Camuflaje de Juan Carlos Romero, cuando vuelve en los ochenta de un breve exilio en Centroamérica. Se pinta el rostro como un soldado, pero a la vez alude a otros camuflajes, los modos de metamorfosis animal y vegetal para sobrevivir y pasar desapercibidos. Estrategias todas ellas a pesar del terror.

Interesa mencionar también la inclusión en el libro de la foto que Víctor Basterra tomó estando detenido-desaparecido en la ESMA de los autos Falcon que se usaban para secuestrar personas, y la relación que lxs autores establecen con la multiplicación de los Ford Falcon en una suerte de juguetes aleccionadores. En esa naturalización de la violencia tal como la describe Sebastián Carassai en su libro Los años setenta de la gente común, donde analiza cómo hasta una publicidad de cigarrillos podía aludir a la violencia y a las armas.

El libro transita hacia los juguetes y la guerra de Malvinas, en una matriz que alude a la guerra imperial: los soldaditos colonizadores por ejemplo acompañados por palmeras de juguete que nada tenían que ver con la vegetación y el clima de las islas Malvinas. Me recuerda al trabajo del artista cordobés Lucas Di Pascuale, quien al cumplirse veinte años del conflicto hizo la obra “Chocolates Argentinos”, aludiendo justamente al lugar de lxs niñxs en la guerra, interpeladxs en las escuelas como propagadores de envíos solidarios a los soldados que, sin embargo, quedaban capturados por la corrupción del Estado dictatorial, inclusive con cartitas que aparecían escondidas en los chocolates en venta en los kioscos. Lucas les hace escribir nuevas cartas a lxs niñxs que ahora son otrxs, evocados como patriotas, muy en sintonía con este trabajo de recuperación de la cultura material de la infancia.

Quizás el trabajo más conmovedor e impactante de la muestra sea la obra de Helen Zout, las fotocopias de las fotos que Helen tomó de las muñecas de (o para) Clara Anahí Mariani que su abuela, Chicha Mariani, juntó en cada viaje que hizo a lo largo de su vida buscando recabar datos que la ayudaran a encontrarla. La fotocopia se desvanece como la memoria, es frágil, y a la vez la fotocopia se multiplica como cartel callejero de esa búsqueda incesante de su infancia arrebatada.

Otros juguetes y obras de arte entrecruzan el mundo de la infancia y el del horror de la dictadura. Me refiero a los collages que Lucila Quieto hizo con fotos de “subversivos” entregadas por la propaganda del Estado dictatorial a los medios de prensa, o a los juegos de mesa Estanciero y el TEG (“menos una moda que un indicio”). Jugar a acumular billetes comprando tierras o jugar a la guerra y a conquistar continentes con fichas y dados. No



está, pero podría incluirse en esta serie la pelota de ping pong que usaron los torturadores del Club Atlético para entrenarse y pasar el tiempo entre sesión de tortura y sesión de tortura, que lxs sobrevivientes mencionaban como recuerdo sonoro (estaban tabicados, por lo tanto no veían, pero sí escuchaban el rebotar de la pelota) y que fue recuperada en las excavaciones arqueológicas en ese sitio de memoria.

El tercer y último momento del libro, “Barbies, dinosaurios y un Cristo”, evoca los años noventa y el inicio del nuevo milenio. Los dinosaurios abrigados de Feliciano Centurión recuerdan la pandemia del sida y también aquella canción hipnótica de Charly cuando dice “pero los dinosaurios van a desaparecer”. La calidez de las comunidades de artistas que se formaron por entonces alrededor del Centro Cultural Rojas para resistir la intemperie, como señala el grupo “Micropolíticas de la disidencia sexual” en su exposición en el mismo Parque de la Memoria. Pienso en la hecatombe del 2001, cuando no había plata y circulaban billetes alternativos como los patacones o bonos de clubes de trueque. A ese universo remiten los dólares capturados en el lavarropas Barbie de los juguetes intervenidos de León Ferrari.

Quiero mencionar también el hallazgo del Playmobil antidisturbios y la última parada que son los juguetes hechos a mano por los chicos y chicas de Villa Fiorito en los talleres de Belleza y Felicidad Fiorito. Varios de ellos son carros de cartoneros, acaso homenajes al carro dorado en escala que Liliana Maresca hizo a principios de los noventa.

Insisto ahora en la dimensión de lo insepulto, lo siniestro, y en cómo reaparecieron ciertos juguetes o muñecos en la postdictadura. Un ejemplo claro es “El Hombre de Arena”, la obra de teatro de 1992 del grupo Periférico de Objetos. En escena, los muñecos estaban más vivos que quienes los manipulaban. Eran enterrados y desenterrados, volvían a emerger como metáfora de lo insepulto, lo irresuelto. En ese sentido, ese dato que aparece en el libro acerca de que la guillotina fue también un juguete en miniatura comercializado durante la revolución francesa me remitió a la guillotina que el colectivo de extrema derecha Revolución Federal construyó en los últimos tiempos como modo de propagación del odio y exterminio al oponente, para ocupar el espacio público.

Termino con dos imágenes. Uno es la incomodidad que está generando el avión que está emplazado en la ESMA y que se usó para los “vuelos de la muerte” y que mucha gente dice “parece de juguete”. La película de Carmen Castillo, “La Flaca Alejandra”, que se aproxima de una manera muy sensible al testimonio de una ex militante del MIR capturada por la DINA chilena y arrasada por la tortura y la vejación, que se vuelve “colaboradora” del sistema represivo durante diez años. En un momento cuando se topa Alejandra con su torturador en el juicio dice “me di cuenta que tenía mi misma estatura”. Y ahí pensé de nuevo en esa dimensión de la miniatura y de la escala como una dimensión potente para pensar en el terror y la tragedia.

Por último, quiero evocar la historia de Simón Radowitzky, el joven anarquista que atentó contra Ramón Falcón, el represor de la Patagonia trágica, y que pasó largos años en la prisión de Ushuaia. Sus últimos años transcurrieron en una fábrica de muñecas en México y este es un dato que no me parece menor. Una imagen preciosa para acercarnos a este libro y a esta investigación que de algún modo propone construir mundos en otra escala.